

El texto es el capítulo 9 de “La Ciencia contra Dios. Las preguntas clave en Ciencia y Fe”. Javier Pérez Castells , Coordinador. (2021) Digital Reasons, Madrid.

9. ¿PODEMOS SER BUENOS SIN DIOS?

José Corral

Sin pensarlo mucho, los no creyentes dirían que se puede ser buenos sin Dios puesto que existen hombres buenos para quienes Dios no existe. Los creyentes dirían que no, ya que sin Dios, o si Él no quiere, nada puede hacerse. Respondida así, parece que la pregunta es otra de las que enfrentan a creyentes con no creyentes y que hacen incompatibles los hechos naturales con la fe en Dios.

Sin embargo, para poder ser buenos parece que hace falta saber cómo ser bueno y luego querer serlo. Por ello, la pregunta queda más clara si se divide en dos partes. La primera sería: ¿Qué es ser bueno? Y preguntarse luego: ¿Por qué somos buenos, cuál es la causa de nuestro actuar moral? Y eso sin tener en cuenta a Dios, que sería la respuesta fácil para los creyentes, pero no válida para los no creyentes.

La respuesta sobre si hace falta Dios para poder ser buenos queda para después de intentar responder a si podemos ser buenos *veluti Deus daretur* y *etsi Deus non daretur*, tanto si Dios existe, como si no existe.

En cualquier caso, parece claro que las preguntas se refieren a todos y cada uno de los hombres. Es decir, las respuestas deberían ser comunes y universales, tanto para el hombre/especie/humanidad de todos los tiempos como para cada individuo/persona, también de todos los tiempos y creencias.

A lo largo de la historia, las preguntas de qué sea ser bueno y de porqué debemos ser buenos han estado siempre presentes en la vida de los hombres. Y se han contestado de muy diversas maneras. Y las distintas respuestas han supuesto muchas diferencias teóricas. Y las diferentes opiniones sobre cómo ser buenos han causado, al aplicarlas, todas las disputas y guerras entre grupos y entre individuos. Y así seguimos.

Lo que sí parece ya claro es que los hombres somos capaces de tener nuestro propio criterio sobre lo que creemos bueno, es decir, tenemos una conciencia moral con capacidad para anticipar, hacer juicios de valor y escoger. Y nos sentimos buenos si actuamos de acuerdo con esa conciencia. Y si lo que hacemos está de acuerdo con los criterios de nuestro entorno somos buenos también para los demás. Es decir, sentimos que somos buenos de acuerdo con

nuestra conciencia y con las normas de nuestro entorno. Sin la intervención inmediata y directa de Dios.

Pero siendo capaces de sentirnos buenos y de que nos consideren buenos los de nuestro entorno, sigue sin haber un criterio común y universal sobre qué sea lo bueno. Y eso supone diferencias, disputas y luchas entre las personas y grupos que tienen diferentes criterios sobre lo que es ser bueno, es decir sobre las normas morales.

Y sigue también quedando la duda sobre quién haya dicho y dice lo que sea bueno. Y sobre qué o quién ha sido la causa de que existan la bondad y la moralidad. Hay varios candidatos a estas agencias: dioses diversos, la Naturaleza, el Azar, el propio Hombre, cada hombre, la evolución, un Dios creador, un Dios creador y mantenedor, uno o varios “atractores”,...

Como se ve, la cuestión es muy amplia y compleja. A lo largo de la historia han sido los filósofos y las religiones quienes más han pensado y opinado sobre estas cuestiones y quienes más han influido en su aplicación práctica. Y desde hace unos años también opinan bastante algunos biólogos y otros científicos, creyentes y no creyentes. Parece conveniente hacer un resumen de las teorías y doctrinas más significativas sobre estas cuestiones para intentar verlas más claramente y apreciar su situación actual.

9.1. Doctrinas filosóficas referidas a la moralidad

Para Platón lo bueno era lo que era bueno para el Estado o Ciudad. Y la virtud principal a practicar era la justicia. Es decir, eran buenos los hombres justos. El problema era la dificultad de concretar y llevar a la práctica este ideal.

Aristóteles, en el libro primero de la Ética a Nicómaco, iguala el bien de la ciudad de Platón con el bien del hombre individual. Y considera que el bien más perfecto es la felicidad. Luego dice que: “el bien del hombre es una actividad del alma de acuerdo con la virtud, y si las virtudes son varias, de acuerdo con la mejor y más perfecta, y además en una vida entera.” Y después: “el hombre feliz vive bien y obra bien, pues esto es, poco más o menos, a lo que se llama buena vida y buena conducta”. Es decir, la manera de ser bueno y feliz es ser virtuoso. Esta ha sido la norma moral más usada. Los principales problemas teóricos han consistido en definir, para cada momento y grupo social, cuáles eran las virtudes que hicieran compatible la felicidad individual con la del grupo. A estos problemas teóricos hay que añadir los problemas prácticos para que cada persona y cada grupo puedan ser virtuosos. Y sentirse felices con ello.

Para Kant el hombre es moralmente autónomo, sin admitir mandatos externos, ni de Dios ni de la Naturaleza: “El cielo estrellado sobre mí y la ley moral dentro de mí”. La fuente de la moralidad está en cada hombre, que tiene el deber de

hacer, con buena voluntad e iluminado por su razón, lo que se pueda convertir en ley universal. Los Ilustrados siguieron básicamente el mismo criterio de autonomía moral.

El problema del imperativo categórico kantiano es su inconcreción. Y la autonomía de los Ilustrados deja en manos de cada hombre, o grupo de hombres, decidir lo que sea bueno, es decir que cada hombre puede sentirse bueno dentro de un grupo cuyo concepto del bien o de las virtudes sea malo para otros hombres o grupos de hombres. El bien y lo bueno se convierten en conceptos relativos. Al arbitrio de quienes tengan poder para imponerlos en las leyes y usos sociales y en las conciencias

Para los utilitaristas lo bueno es el mayor bienestar para el mayor número. Y la fuente también es el sentido moral existente en cada hombre. Es decir, son más buenos los hombres que son más útiles para el bienestar de los demás. Parece que esta doctrina corrige el individualismo aristotélico y el relativismo de los ilustrados. El problema de los utilitaristas es definir lo que sea el bienestar para cada individuo y grupo. Y además, decidir en cada momento cuántos y quiénes son los hombres, presentes y futuros, a los que intentar que alcance el bienestar y cómo se reparte entre ellos.

Como se ve, sigue pendiente la cuestión de lo que sea el Bien a intentar alcanzar y por tanto el problema de concretar en qué consiste ser bueno. Es decir, sigue pendiente el fundamento de la ética y de la moralidad que conlleva. Muchos filósofos actuales siguen buscando este fundamento de la ética y la moralidad. Entre otros cercanos a nosotros, Ferrater Mora, Adela Cortina, Victoria Camps o Amelia Valcárcel. En general, las respuestas son las mismas o parecidas a las de los anteriores. Añadiendo un reciente interés por la neuroética, nueva ciencia con la que algunos modernos “neurocientíficos” estudian las posibles normas morales “impresas” en el cerebro.

En resumen, los filósofos consideran mayoritariamente que la fuente de la moralidad está en cada persona, en el espíritu de cada persona más o menos apoyado en la parte material del cerebro, según sean más o menos espiritualistas o materialistas. Y que cada persona tiene capacidad para juzgar, con su razón y en su conciencia, lo que es bueno o malo de acuerdo con su mente y su cultura. Contando con las éticas de las virtudes de Aristóteles, del deber racional kantiano o del bienestar de los utilitaristas. O de otras parecidas.

Es pues la conciencia moral de cada persona la que le dice en cada momento lo que es bueno o malo. Y esta conciencia moral se forma con lo heredado y con lo adquirido del entorno. Hay muchas opiniones sobre cuánto se hereda y cuánto se adquiere, pero eso no afecta a la idea básica. Y una vez juzgado lo que sea bueno, depende de la voluntad de cada persona, más o menos condicionada por sus circunstancias, el ser bueno o el actuar como tal.

Pero sigue sin haber un criterio universal explícito sobre lo que sea ser bueno, es decir, no existe un acuerdo sobre el bien u objetivo común a intentar conseguir siendo bueno. Ni existe por tanto un acuerdo sobre las virtudes a practicar. Existen muchos objetivos parciales: la paz, la dignidad, el bienestar,... Y virtudes universales: la justicia, la honradez, la solidaridad... pero sin estar claro el contenido de cada una de ellas ya que falta el objetivo o finalidad universal a intentar conseguir con su práctica.

9.2. Las religiones

Las religiones, en sus diversas formas, han sido el principal medio para emitir normas morales y para cuidar de su aplicación, tanto en las sociedades primitivas como en los tiempos históricos. En nuestro caso, las tres grandes religiones del libro han influido mayoritariamente en las normas morales de sus creyentes. Con las variantes que todos conocemos.

Las normas morales de la religión católica están basadas primero en la Biblia y en los mandamientos de la Ley. Y luego Jesús confirma la Ley, pero pone de relieve el amor como mandato prioritario. Y no solo amor a los cercanos sino a todos los hombres. Estas son las grandes aportaciones éticas del cristianismo. Y esta moralidad cristiana ha sido importantísima en la vida y la civilización del mundo occidental durante los últimos dos mil años.

Como hemos dicho, el problema surge principalmente en el llamado siglo de las luces, cuando algunos hombres, los ilustrados, descubren la moralidad dentro de sí mismos. Descubren que cada hombre, con su razón, puede saber lo que es bueno y lo que es malo. Y piensan que para ese saber no necesitan a Dios. Que cada uno es capaz de “crear” su propia moralidad siempre que actúe con buena voluntad.

Estas doctrinas éticas han propiciado el relativismo moral. No existe una moralidad común universal explícita y por tanto se considera bueno lo que en cada momento y cultura dicen que es bueno los líderes de los pueblos, religiosos y laicos. O los mismos pueblos influidos por quienes dominan las comunicaciones sociales

Ante esta situación, la Iglesia ha intentado establecer una ética universal mediante el diálogo con todos los hombres, aunque no conozcan o no crean en Dios. En el año 2004 el entonces cardenal Ratzinger, con la anuencia del papa Juan Pablo II, encargó a la Comisión Teológica Internacional un estudio sobre la posibilidad de poder formular unas normas para el recto obrar que puedan ser reconocidas por todos. El estudio se terminó en 2008 y se publicó en el 2009 con el título “En busca de una ética universal: un nuevo modo de ver la ley natural”.

En la Introducción de la edición de EUNSA de 2010, dice monseñor Luis F. Ladaria, S.I., entonces secretario, y ahora prefecto, de la Congregación para la Doctrina de la Fe:

“... en una época en que parece que el relativismo es de ley, que es ilusorio hablar de verdades universalmente válidas, surge en muchos la pregunta de si no podemos los hombres llegar a formular unas normas para el recto obrar que puedan ser reconocidas por todos; normas que ciertamente no podrán ser muy detalladas en sus contenidos, pero si suficientemente precisas para que puedan servir de fundamento a nuestra convivencia en sus diversos niveles”

Y luego cita al Papa Juan Pablo II, quien al recibir a los miembros de la Comisión, en octubre del 2004, señalaba:

“Ha sido siempre convicción de la Iglesia que Dios ha dado al hombre la capacidad de llegar mediante la luz de su razón, al conocimiento de verdades fundamentales sobre su vida y sobre su destino y, de manera concreta, sobre las normas de un modo justo de obrar” (Trigo, 2010:17)

El Documento no intenta establecer unas normas éticas concretas, sino que busca una base de diálogo para establecer algunas normas morales básicas comunes. Y concluye que esta base es la ley natural o ley moral inscrita en el corazón de los hombres. Dice en el punto 69:

“El concepto de ley natural supone la idea de que la naturaleza es, para el hombre, portadora de un mensaje ético, y constituye una norma moral implícita que la razón humana establece en acto”.

El Documento se pone al nivel de los filósofos, otorgando al hombre la capacidad de juzgar sobre lo que es ser bueno basado en la norma moral implícita en cada persona. Dice también que esta norma o ley natural no es estática en su expresión y que el cristianismo no tiene el monopolio de su interpretación. Y ofreció su contribución a la búsqueda de una ética universal basada en esa ley que todos los hombres tienen implícita y que pueden descubrir con su razón.

Pero a pesar del ofrecimiento de esta idea abierta y de la urgencia y la importancia que se dio a este trabajo, el Documento no tuvo la repercusión esperada. Y así estamos.

En las otras religiones del Libro y en algunas ramas del cristianismo se sigue optando por fundamentar la moralidad en la Biblia y en la revelación. Y también las grandes religiones y sabidurías orientales tienen sus propias doctrinas sobre el Bien y sobre lo que se debe hacer para ser bueno. En general, y como recoge el Documento de la Comisión, existe un patrimonio de valores morales comunes a todos los hombres. Y pone como ejemplo la regla de oro: “No hagas a nadie aquello que no quieres que te hagan a ti”. Y “Haz el bien y evita el mal”. Pero es claro que no existe un principio ético universal explícito y común que diga cuál es el Bien a conseguir y el Mal a evitar y que fundamente las morales individuales de las personas ni las doctrinas de las distintas sabidurías y religiones.

9.3. Los biólogos y filósofos evolucionistas

Ferrater Mora, empieza la Introducción de su “Ética aplicada” (Alianza 1981), citando la frase de Edward O. Wilson: “Tanto los científicos como los humanistas deberían considerar la posibilidad de que haya llegado la hora de sacar por un tiempo la ética de manos de los filósofos y biologizarla”. Ferrater admite la frase siempre que la ética se saque solamente de las manos de *algunos* filósofos

En mi opinión y como he dicho antes, creo que los pocos filósofos actuales que han seguido pensando en la fundamentación de la ética no han avanzado sobre las teorías de los anteriores, incluido el propio Ferrater Mora y las tres ilustres filósofas citadas.

Los filósofos actuales se dedican mayoritariamente a filosofar sobre la propia filosofía y a su enseñanza. Y a opinar sobre los problemas de ética aplicada: aborto, ingenierías genéticas y sociales, globalización, dignidad humana, ...Y algunos intentan participar con los neuroéticos y los biólogos evolucionistas en la biologización de la ética.

Según indica John Haught en su Ciencia y fe (Haught, 2019), la respuesta de los científicos escépticos a la pregunta de si podemos ser buenos sin Dios sería: “Sí, por supuesto, al menos si de Darwin depende. La biología evolutiva puede ahora explicar de forma puramente natural por qué los seres humanos somos proclives a la moralidad”.

La moralidad a que se refiere Haught es la tendencia de los seres vivos sociales a la cooperación como medio para la supervivencia. Tendencia que los biólogos llaman ahora altruismo. Con distintas acepciones ya que el altruismo presenta muchas formas y se puede referir a distintos sujetos. Dado que existe bastante confusión sobre el uso de este término, resumimos los “altruismos” más notorios:

- El altruismo instintivo cuyo ejemplo más característico son algunos himenópteros y en especial las hormigas. Este altruismo ha sido muy estudiado por Edward O. Wilson y lo puso como ejemplo de todos los altruismos. Wilson es ateo militante y exhibe este altruismo “natural” para fundamentar la moralidad de los hombres. Es claro que el de las hormigas es un tipo de altruismo muy común en todas las especies sociales, pero no es el único altruismo.
- Robert Trivers describió el altruismo recíproco que es el más habitual en las especies sociales más modernas. Consiste en dar algo a cambio de algo, con pago inmediato o diferido. Hay muchos ejemplos: el despiojamiento en los chimpancés, la ayuda en la caza en muchas especies depredadoras, la defensa del grupo,... Hay autores que reservan la palabra altruismo para lo que se da o hace gratuitamente o incluso con costo y dicen que el altruismo recíproco se debe llamar colaboración o cooperación. En nuestra opinión, el concepto de altruismo

-el alternar o contar con los *alter-* es el más útil. Y en su acepción más amplia engloba todo lo que se hace por los otros, sea de forma instintiva o esperando reciprocidad. En el altruismo social animal puede estar incluido como retribución recíproca el aprecio del grupo, el reconocimiento social. Y en todos los casos es un altruismo interesado, indispensable para la supervivencia y los fines de cada individuo.

- Parece distinto el altruismo humano. Que incluye los anteriores, pero añade el amor puro, el altruismo que no espera recompensa material. Incluye como retribución el reconocimiento social, pero especialmente la autosatisfacción moral del bien hecho al prójimo. El ejemplo más usado es el de muchos misioneros y santos como la madre Teresa de Calcuta, o el de los médicos y sanitarios que se arriesgan su vida atendiendo a enfermos, o el de muchas personas anónimas que trabajan y cooperan con otros sin esperar recompensas materiales ni sociales.
- Hay autores que consideran una forma de altruismo el desdoblamiento de los seres unicelulares como las bacterias, que dan la mitad de sí mismas para que exista otra. Se puede incluir en este tipo de altruismo todos los procesos de reproducción ya que los actos reproductores suponen dar algo de sí mismos a los descendientes. En el caso de muchas especies la reproducción incluye los trabajos previos y el cuidado posterior de la prole incluso por los individuos que no son los progenitores. Y se conocen casos de seres unicelulares que se sacrifican en grupo para evitar que el resto de su colonia se infecte y se extinga.
- También existen diferentes tipos de altruismo según los sujetos. Es conocida la teoría de Dawkins sobre los genes egoístas que serían más altruistas con los más cercanos, aunque ya no se considera a los genes como sujetos. El altruismo también existe entre seres de distinta especie. Generalmente son altruismos recíprocos: peces limpiadores de sus posibles depredadores, pájaros que avisan de la presencia de enemigos de otras especies, las hormigas granjeras cuidadoras de pulgones alimentadores, ...
- Y el altruismo suele ser grupal. Es decir, lo desarrollan los individuos dentro del grupo o grupos a los que pertenecen: para su propio interés y el del grupo. Pero existe otro tipo de altruismo muy importante: es el altruismo intergrupal. La colaboración entre grupos de la misma especie. Este tipo de altruismo es menos frecuente ya que el altruismo coexiste con la otra tendencia natural de la competición y la lucha, tanto individuales como grupales. Y con individuos de la misma especie y de otras.

El altruismo o cooperación entre colectivos de la misma especie, es poco frecuente. Lo habitual en este nivel es la competencia y la lucha. El hombre es la excepción positiva: el predominio del altruismo intergrupal -voluntario o forzado- sobre la competencia y la lucha ha sido determinante para que nuestra

joven especie haya llegado al dominio del entorno en unos pocos miles de años. Desde los pequeños grupos humanos hasta los millones de hombres que forman los países y colectivos actuales. Colectivos que mayoritariamente colaboran entre ellos, aunque sigan aun existiendo guerras entre grupos y naciones.

Existen pues muchas clases de altruismo. Y parece claro que algunas de sus formas son imprescindibles para la supervivencia de los seres vivos sociales. Y en su sentido más amplio de todos los seres vivos. La falta de altruismo es lo que, posiblemente, hace que no se considere seres vivos a los virus ya que se reproducen a costa de su huésped sin dar ellos nada a cambio.

Considerando lo anterior, los biólogos deducen que el altruismo forma parte natural del comportamiento de los seres vivos incluido el hombre, originado por su tendencia a supervivir. .

9.4. Dos ideas adicionales

Lo dicho anteriormente refleja las principales doctrinas y teorías existentes sobre la moralidad y los intentos de fundamentarla. En todas estas doctrinas y teorías existen implícitas dos ideas que las fundamentan y dan sentido pero que, asombrosamente, no aparecen explícitas ni resaltadas, posiblemente por su obviedad.

La primera de estas ideas se refiere a cuál sea el objetivo o bien común. Como se intuye de todo lo que han escrito filósofos, religiones y científicos, parece que el bien a cuidar es la propia vida y el objetivo común y prioritario de todos los seres vivos es conservarla y transmitirla.

Según lo que sabemos por la historia y por la observación directa, cada especie de seres vivos ha intentado, e intenta, conservar y transmitir la vida que tienen sus organismos, evolucionando en lo necesario para adaptarse a su ambiente cambiante. Las que no han podido adaptarse han desaparecido. Parece que los pocos millones de especies actuales suponen menos del 2% de las que han existido. Pero por lo que sabemos, todas las que han existido y existen han intentado prioritariamente supervivir, con distintas estrategias según sus características y las de sus entornos.

De este comportamiento común de los seres vivos se puede deducir que en la base de la información genética de todos ellos existe el mandato, o imperativo vital, de que intenten reproducirse, sucesiva e iterativamente, para transmitir el bien máspreciado que tienen y que los define: su propia vida.

Esta idea está casi explícita en muchos sabios de todas las sabidurías y creencias, pero, posiblemente por obvia, ninguno la ha resaltado. Entre los que más se han acercado estaría Santo Tomás, que en la q.94 a.2. de la *Summa*, hablando de los preceptos de la ley natural dice:

“En efecto, en primer lugar encontramos, ante todo en el hombre, una inclinación que le es común con todas las sustancias, consistente en que

toda sustancia tiende por naturaleza a conservar su propio ser. Y de acuerdo con esta inclinación pertenece a la ley natural todo aquello que ayuda a la conservación de la vida humana e impide su destrucción. En segundo lugar, encontramos en el hombre una inclinación hacia bienes más determinados, según la naturaleza que tiene en común con los demás animales. Y a tenor de esta inclinación se consideran de ley natural 'las cosas que la naturaleza ha enseñado a todos los animales', tales como la conjunción de los sexos, la educación de los hijos y cosas semejantes. En tercer lugar, hay en el hombre una inclinación al bien correspondiente a la naturaleza racional, que es la suya propia, como es, por ejemplo, a buscar la verdad acerca de Dios y a vivir en sociedad. Y según esto, pertenece a la ley natural todo lo que atañe a esta inclinación, como evitar la ignorancia, respetar a los conciudadanos y todo lo demás relacionado con esto".

En esta larga cita están enunciadas las ideas básicas y la explicación de lo que los científicos naturalistas están buscando.

La primera inclinación es la de la conservación del ser, que Santo Tomás aplica a la conservación de la vida humana. No solamente a la vida de cada hombre, sino a la vida humana, a la vida de la especie humana. Es fácil no darse cuenta de esta idea. Confieso que a mí me ocurrió las primeras veces que la leí. Y los filósofos ven en ella la idea que luego divulgó Spinoza. También Teilhard, en su "Ciencia y Cristo", para justificar la primacía de la consciencia, parte de "la convicción profunda de que ser es bueno, es decir: a) que es preferible ser a no ser b) es preferible ser más que ser menos". La segunda inclinación es el modo que tienen el hombre y los animales de intentar la supervivencia. Y en la tercera resalta la inclinación al bien para vivir en sociedad, además de buscar la verdad acerca de Dios que dice es propia del hombre.

La Comisión Teológica Internacional, en su Documento, recoge estas ideas de Santo Tomás y las actualiza. En su párrafo 49 dice:

"La segunda inclinación, que es común a todos los seres vivos, se refiere a la supervivencia de la especie, que se realiza con la procreación. La generación se inscribe en la tendencia a permanecer en el ser. Si la perpetuidad de la existencia biológica es imposible para el individuo, es posible para la especie y de este modo, en cierta medida, se supera el límite inherente a cada ser físico. El bien de la especie aparece así como una de las aspiraciones fundamentales presentes en las personas. Hemos tomado conciencia de ello de un modo particular en nuestro tiempo, cuando ciertas perspectivas como el calentamiento climático reavivan nuestro sentido de responsabilidad frente al planeta como tal y frente a la especie humana en particular".

La Comisión "ve" y dice la idea. pero se queda corta en su reconocimiento. En lugar de concluir que el objetivo de la especie es la permanencia en el ser, es decir la propia supervivencia, utiliza un lenguaje más liviano y habla del bien de

la especie, sin confirmar cual es, como una de las aspiraciones fundamentales presentes en las personas (no dice que sea la principal). Esta “tibieza” de la Comisión es perfectamente entendible: no está a eso y, además, si lo hiciera estaría enunciando el objetivo prioritario, el Bien natural de los hombres. Y creo que no lo hace por varias razones:

1ª. Su objetivo es confirmar el concepto de ley natural sin entrar en su contenido ya que ofrece esta posibilidad de interpretación a los no creyentes.

2ª El objetivo de supervivencia de la especie sería un fin compartido con los animales, y posiblemente a la Comisión no le gusta esta analogía.

3º. Para la Iglesia, como para los filósofos, el Bien, como la felicidad, es principalmente individual y espiritual. Dar rango de bien principal a la supervivencia de los cuerpos parece que sería rebajar de nivel el bien o lo bueno. Y al priorizar la vida física podría parecer que se quita importancia a la Vida eterna

4º. Por otra parte si esta inclinación se convierte en objetivo o finalidad prioritaria, y está en la naturaleza de todos los hombres, quita trabajo a Dios, es decir no hace falta que Dios exista. O al menos, no haría falta que esté activo permanentemente.

En cualquier caso la Comisión admite lo principal y deja abierto el diálogo para tratar de determinar cuál sea el contenido de la ley natural. Esta posibilidad de diálogo que la Comisión ofrece tiene, a mi modo de ver, la limitación de que el hombre, los hombres, no pueden determinar cuál sea su fin u objetivo vital. Lo tienen determinado antes de existir como especie. Exista o no exista Dios.

Sea quien sea el agente, tanto los hombres como el resto de los seres vivos tienen en su programación vital, o donde sea, el mandato o imperativo vital de intentar vivir para transmitir la vida que tienen. Tienen la inclinación de que su especie perviva. Y ese mandato se puede “determinar” en el sentido del DRAE 4: “Señalar o indicar algo con claridad o exactitud” pero no en la acepción 3: “Establecer o fijar algo”. Este es el error y el pecado de los ilustrados. Podemos conocer con nuestra razón la ley moral que está en nosotros, pero no cambiar su contenido. No se puede “negociar” el imperativo vital. Como dice la Comisión, se pueden acordar cuales son las virtudes morales comunes a practicar, universalmente y en cada circunstancia de lugar, cultural o temporal. Y también recuerda, en la nota 56, la q. 94.a.4. de la *Summa*, sobre la contingencia en la aplicación de la moral práctica.

El imperativo vital también lo señala Jacques Monod, ateo y premio Nobel, en “El Azar y la Necesidad” cuando dice:

“Todas las adaptaciones funcionales de los seres vivos, como también todos los artefactos configurados por ellos, cumplen proyectos particulares que es posible considerar como aspectos o fragmentos de un proyecto

primitivo único, que es la conservación y multiplicación de la especie”
(Monod,1970,26)

Y Natalia López-Moratalla, bióloga molecular y creyente, en “Cuestiones acerca de la evolución humana” (López-Moratalla, 2008) dice: “El principio vital unitario de cada uno de los vivientes causa eficientemente un organismo que en el caso de los animales está finalizado intrínsecamente a vivir y transmitir la vida para que se mantenga la especie”.

En general los sujetos del comportamiento en el mundo animal, los que tienen el mandato de intentar que su especie sobreviva, son los individuos. Por analogía, en el caso del hombre cada persona. Y así parece que es. Como hemos dicho, la idea de Dawkins de hacer sujetos activos y beneficiarios a los genes no prosperó. Pero también parece plausible la idea de las especies como sujetos. Al menos las especies biológicas, sexuadas y sociales. Tres eminentes biólogos recientes consideraron a las especies como unidades evolutivas: Dobzhansky, Mayr y Gould.

La idea es que las especies genéticas son poblaciones compuestas por individuos que solamente se pueden reproducir entre ellas. Tienen ascendientes comunes, una parte de su genoma es común y todos sus organismos son familiares entre sí.

Dobzhansky considera que el género humano, como otras especies de reproducción sexual, constituye una población mendeliana: un sistema evolutivo supraindividual. Para Gould, las especies son como individuos en la teoría jerárquica de la selección. Y Mayr, padre en 1940 del concepto de especie genética, dice en su “Así es la biología” (Mayr, 2016): “Los biólogos evolutivos saben ahora que la especie es la entidad fundamental de la evolución”. Y : “Una especie, a pesar de los individuos que la componen, interactúa como una unidad frente a otras especies”. Y: “Los miembros de una misma especie tienen en común muchos patrones de comportamiento específicos (propios de la especie) sobre todo los que tienen que ver con la conducta social”.

En resumen, esta primera idea viene a decir que tanto cada hombre como la especie hombre como tal, tienen el mandato prioritario, o imperativo vital, de intentar que no se extinga la propia especie: que los hombres sobrevivan hasta no se sabe cuándo.

La segunda idea es que el altruismo amplio es el principal medio adoptado por nuestra especie para intentar sobrevivir. Y que este altruismo está inscrito en cada persona y es el principal patrón de comportamiento específico de la especie humana.

9.5. Concepto y contenido

Como hemos visto anteriormente, el término altruismo se ha utilizado y utiliza con distintos significados. Especialmente desde Darwin se han visto formas parciales del altruismo como beneficiosas para la supervivencia, tanto de los individuos como de las especies. Con mucha confusión sobre si era mejor ser altruista o egoísta y si el ser altruista beneficiaba al individuo o al grupo. Además de las formas citadas: instintivo, recíproco, puro... , se han utilizado distintas acepciones del altruismo. Entre ellas:

- El DRAE lo define como: "Diligencia en procurar el bien ajeno aún a costa del propio". Algunos diccionarios citan como sinónimos: abnegación, beneficencia, benevolencia, caridad, civismo, desinterés, filantropía, generosidad, humanidad...
- Darwin lo llama simpatía (inglesa) y lo diferencia del amor filial. Kropotkin amplía la *sympathy* de Darwin y lo llama ayuda mutua. John Hans reserva el término altruismo para los actos gratuitos y habla de cooperación y colaboración como las virtudes que utilizan los hombres para supervivir y prosperar socialmente.
- Y se pueden añadir otros muchos conceptos recientes: el sentido de responsabilidad de Hans Jonas, el amor universal de Edgar Morin, el cerebro altruista de Donald W. Pfaff, la revolución generosa de Stefan Klein, la cooperación de Warder Clyde Allee,...

A efectos prácticos parece que es adecuado incluir en el concepto de altruismo amplio todas los conceptos parciales citados y en general cualquier acción u omisión que beneficie a otro u otros. Sea cual sea la motivación. Con ello se unifican e incluyen, en un solo concepto, las diversas formas del principal medio utilizado para supervivir por las especies sociales, incluido el Hombre.

9.6. Función y utilidad. Altruismo y egoísmo

El altruismo solamente se entiende y tiene sentido asociado al imperativo vital ya que es el medio más eficiente y eficaz adoptado por las especies sociales para intentar la supervivencia. Dicho de otra manera, el altruismo es el principal elemento que utilizan los individuos sociales como medio para pervivir, reproducirse iterativamente y mejorar su bienestar y el de su grupo.

Por ello, el altruismo es siempre interesado y retribuido. Como hemos visto, en el caso de los hombres la retribución por dar o hacer un bien a otros puede ser material inmediata o diferida, en forma de aprecio grupal, o como autoaprecio. Y sabemos que somos felices cuando hacemos lo que tenemos que hacer. Por ello el altruismo es la forma inteligente de ser egoísta. Y eso lo saben bien los sabios y los santos, creyentes y no creyentes.

El altruismo incluye el cuidado y la mejora de uno mismo. Cumpliremos mejor nuestro imperativo vital cuanto mejores y más capaces seamos para hacer el bien a los demás.

9.7. Resumen. Sin tener en cuenta si Dios existe o no.

Parece claro que el objetivo o finalidad vital de todos los seres vivos es vivir para transmitir la vida que tienen. Y para eso, los organismos de cada especie han intentado e intentan reproducirse, sucesiva e iterativamente, de forma que sus descendientes también sigan tratando de que esa transmisión continúe.

Para vivir y reproducirse, cada especie intenta adaptarse a sus entornos cambiantes evolucionando en lo que puede. De las especies actuales conocidas, muchas de ellas, sencillas y primitivas, han evolucionado poco. Y otras, generalmente más complejas, han pasado por varias y sucesivas especiaciones de distintas formas.

El filósofo Michael Ruse, que con el citado biólogo E.O. Wilson se autollamaron sociobiólogos, postula que el objetivo de la evolución es evolucionar, y con ello progresar. Aunque tiene dudas de qué sea progresar. Pero está claro que la evolución no es un objetivo, es una estrategia, un medio; tal vez el más importante adoptado por los seres vivos para conservar y transmitir la vida.

Resumiendo, parece que tienen razón los biólogos cuando dicen que todo lo que hacen los seres vivos lo hacen para que su especie sobreviva. Y también parece cierto que el comportamiento altruista de las especies sociales es el medio más eficaz, mejor que la lucha y la competencia, para la supervivencia de los individuos y de la especie. Aunque la lucha y la competencia siguen siendo mecanismos biológicos imprescindibles.

Volviendo a nuestras preguntas parece que ser bueno es cumplir el imperativo vital implícito, existente en la programación de cada ser vivo. Y hacerlo de acuerdo con las normas que cada individuo hereda y adquiere de su especie y sus grupos. Ambas cosas, lo que es ser bueno y el querer ser bueno son cosas que están en la naturaleza de todos los hombres: intentar la supervivencia es común a todos los seres vivos, y el altruismo amplio humano es una estrategia de nuestra especie cuyo desarrollo nos ha permitido, hasta ahora, supervivir y dominar la Tierra.

Estas instrucciones y normas morales están en cada hombre y los hombres podemos ser capaces de conocerlas con nuestra razón. Y en eso coinciden los filósofos y los biólogos evolucionistas. Y también la Iglesia, como hemos visto en el Documento de la Comisión Teológica Internacional confirma a Santo Tomás y a las tres inclinaciones básicas del hombre incluidas en la ley natural impresa en cada persona.

Otra cosa es saber, con certeza científica, quién puso en los seres vivos el imperativo vital. Y en el hombre el sentido moral, la capacidad de razonar y la voluntad y libertad para actuar. Intentamos ver algo de esto en el apartado siguiente.

9.8. Entonces ¿Podemos ser buenos sin Dios?

Un principio ético universal. Según lo dicho anteriormente, podemos enunciar un principio ético universal que diga: “*Es bueno/mejor lo que, hecho altruistamente, sea bueno/mejor para la supervivencia de nuestra especie*”. Podría omitirse lo de “hecho altruistamente” porque ya está contenido en lo que es bueno/mejor para la supervivencia de la especie, pero así queda más completo. Y puede servir para cuando haya dudas sobre si algunos actos u omisiones, siendo buenos para el objetivo básico, suponen un costo que supera el beneficio. En caso de duda finalista puede aplicarse la deontología para que el fin bueno no justifique unos medios más malos que el bien que puedan producir.

En realidad, y siguiendo a San Agustín, el altruismo/amor que es un medio para el objetivo básico, puede convertirse en objetivo a la vez, ya que quien ama quiere la conservación del ser amado. Quien ama a todos los hombres, ama a la humanidad y su pervivencia y por ello puede aplicar la fórmula de “Ama y haz lo que quieras”.

Lo dicho sirve para empezar a responder a la pregunta sobre si podemos ser buenos sin Dios. Hemos visto que podemos ser buenos sin que Dios nos lo diga en cada caso. Y no sabemos, científicamente, si Dios existe o no, pero parece que no es imposible, es decir, la existencia de Dios parece posible. Y si Dios existe, parece que ha intervenido e interviene de muchas maneras en nuestro “ser buenos”. Algunas de ellas:

- Como Creador, legislador y mantenedor, ya que además de crear la vida y dársela a los seres vivos, imprimió y mantiene en su naturaleza la ley natural que comprende el imperativo vital y las instrucciones que los capacitan para intentar cumplirlo.
- Hay religiones y sabidurías que creen en dioses cuya actuación en lo de cumplir el principio ético universal no es clara. Pero en el caso de las religiones del Libro el mandato está dictado en el mismo acto de la creación, los días 5º y 6º, cuando Dios ordena “creced y multiplicaos...” a los animales y al hombre.
- Al Hombre, además, le encarga que cuide lo creado, especialmente a sus próximos ya que está hecho para vivir en sociedad. Dado que los primeros hombres no le hicieron caso, o no lo entendieron bien, lo ratifica a Noé y su familia. Y luego tiene que dictar normas y mandamientos para darles instrucciones detalladas. En el caso de judíos y musulmanes, parece que siguen atendiendo a la letra y que sus creyentes son distintos al resto de los hombres, o al menos merecen distinto trato.
- Jesús mantiene lo principal de la ley escrita y añade el mandato del amor. Este mandato de Jesús confirma el altruismo/amor de la ley natural implícito en cada hombre como el medio mejor para convivir en esta vida. Y amplía el grupo de los prójimos a quien amar. Ya no hay “judíos ni

griegos”, ni amigos ni enemigos. Los prójimos a amar son todos los hombres.

Un joven Ratzinger, publicó en 1970 un texto sobre “La unidad de las naciones” (Ratzinger, 2011) en el que entre otras cosas muy interesantes dice: “Si el ser humano es, por así decirlo, un único organismo viviente, tocarlo en cualquier punto afecta a la humanidad entera”. En esta frase están las dos ideas básicas: la humanidad como organismo viviente y que cada hombre representa a la humanidad entera: como sujeto activo siendo bueno o malo y como pasivo disfrutando de la bondad o sufriendo la maldad del otro u otros.

Lo anterior explica cómo afecta la posible existencia de Dios en los que creen en Él y le hacen caso. Estos creyentes obedientes tienen ventaja sobre los no creyentes. Unos y otros tienen el imperativo vital implícito en su naturaleza. Y si cumplen ese mandato además de buenos son felices. Pero los creyentes tienen la ventaja de que siendo buenos son felices en esta vida y además hacen méritos para la Otra. Cosa que saben los santos, que son los más sabios y más interesados porque obtienen la felicidad en esta vida y además tienen la posibilidad de la vida eterna en el Cielo.

He tratado de escribir lo anterior con criterios científicos y objetivos. En el apartado siguiente, sobre el futuro, bastante de lo que se dice es intuitivo y sin pruebas.

9.9. El futuro

Los hombres, el Hombre, siendo en conjunto más buenos que malos, hemos llegado hasta aquí. Y parece que somos una especie muy especial dentro de nuestro Universo conocido. Lo que no sabemos es *para qué* estamos intentando supervivir. No sabemos el *para qué* final de tanto esfuerzo y tanto derroche de vidas.

Sin tener en cuenta si existe Dios o no, parece que estamos dentro de un proceso evolutivo amplio que puede o no tener una finalidad preestablecida. Pero exista o no esa finalidad parece que, como hemos visto, todas las especies intentan supervivir y para ello evolucionan en lo que pueden. De ahí que algunos vean la evolución como un fin en sí misma y consideren que evolucionando se progresa. aunque no se sepa cuál es la meta ni en qué consiste el propio progreso.

El Hombre, los hombres, somos la única especie conocida que se pregunta por el *qué* somos, por cuál es nuestro origen y nuestro destino. Y quiere saber la finalidad de su vivir, el sentido de su vida. Este querer saber metafísico parece que es propio de nuestra especie y que la propia sabiduría, el aumentar nuestro saber, podría ser uno de los fines a intentar con nuestra pervivencia. El “evitar la ignorancia” y el “buscar la verdad acerca de Dios” de la tercera inclinación de Santo Tomás. El amor a la sabiduría de los filósofos y sabios. ¿La noosfera de Vernadski? ¿La noogénesis de Teilhard?

Este conservar y aumentar la sabiduría parece pues que puede ser uno de los motivos para vivir y tratar de conservar la vida humana. Por lo que sabemos hoy, el hombre es el único que tiene esta capacidad. Y también parece que puede ser capaz de encontrar la manera de conservar esa vida inteligente, superviviendo en nuestro actual planeta o migrando a otro lugar habitable. Con su físico actual o adaptándolo a otros medios.

En cualquier caso, para intentar “saber” tiene que haber hombres que lo intenten. Parece pues que lo anterior podría justificar el que todos y cada uno de los hombres tengamos implícito el imperativo de procurar la supervivencia de nuestra especie, es decir de intentar que siga habiendo hombres en un futuro sin límite conocido.

Con lo que sabemos hoy de nosotros y de nuestra historia, podemos intuir que si nuestra especie consigue vivir otros diez mil años más, los hombres que existan en aquel momento, sean como sean, sabrán más que nosotros sobre cuál es el sentido de su vida y sobre qué son y de dónde vienen y adónde van.

Y lo que posiblemente es más importante: habrán conseguido supervivir esos diez mil años ejerciendo y desarrollando el altruismo/amor como forma de convivencia entre todas las personas que hayan ido componiendo la humanidad en cada momento.

Si la humanidad consigue vivir diez mil, o cien mil años más, tal vez en ese tiempo se haya avanzado bastante en la *noogénesis* de Teilhard hacia “el quinto nivel” de la evolución que dice Manuel Alfonso en el libro de ese título. En ese corto tiempo del universo, la Humanidad, habrá sobrevivido practicando el altruismo/amor. Y como también sabemos, todas las especies intentan incorporar a su naturaleza las prácticas que propician su supervivencia. Así ha sido hasta ahora en el hombre, especialmente en los últimos siglos. Es de esperar que la práctica del altruismo/amor retroalimente la programación genética y cultural de los hombres. Y dadas las capacidades actuales y previsibles de nuestra especie, podemos pensar que en cinco mil, diez mil, o cien mil años, el altruismo/amor, en sus distintas formas adaptadas a cada circunstancia, sea la única norma moral que rija el comportamiento de todos los hombres existentes en ese momento, estén donde estén y sean como sean.

Como conclusión parece que nuestra vida tiene sentido si nos damos cuenta que cada uno de nosotros estamos participando en la construcción de un futuro más sabio y más santo, exista Dios o no. Que cada uno de nosotros somos eslabones únicos de la malla de la vida. Y que nuestro oficio vital es colaborar en la tarea de intentar que nuestra humanidad sobreviva para que siga buscando la Sabiduría. Sabiendo que esta tarea debemos hacerla con altruismo/amor ya que no solo es el mejor y más eficaz medio, sino que posiblemente es, a la vez, el Gran Objetivo para el hombre: el punto Omega de Teilhard.

9.10. Para saber más

Corral, J. Ampliar ideas en www.supervivenciayaltruismo.com

Trigo Oubiña, T (2010): *En busca de una Ética Universal. Documento de la Comisión Teológica Internacional y comentarios*. Pamplona, EUNSA

Monod, J (1970): *Le hasard et la nécessité*. Seuil, París

Aristóteles (ed.2014) *Ética a Nicómaco*. Gredos, Madrid

López- Moratalla, N. (2008) *Cuestiones acerca de la evolución humana*. EUNSA, Pamplona

Mayr, E: (1995) *Así es la biología*. Penguin Debate, Barcelona.

